

más razonable la opción por un mundo sin Dios. Pero en un segundo momento, la razón puede descubrir el posible sentido del silencio de Dios. Éste sería la renuncia de Dios a imponer su presencia para ofrecer al hombre la posibilidad de una realización en libertad. De este modo, el reconocimiento del sentido del silencio de Dios otorga a la opción por Dios, y a la actitud religiosa natural, un carácter razonable. La afirmación racional de Dios tiene una estructura precisa. Tiene a su favor argumentos cosmológicos y antropológicos. Pero el argumento decisivo es el reconocimiento del sentido para el hombre del silencio de Dios en el mundo.

Monserrat muestra que la concepción cristiana de Dios, centrada en la profundidad significativa de la figura de Cristo y de su kénosis, se corresponde con la concepción racional de Dios, basada en el descubrimiento del sentido de su silencio en el mundo. Pero la kénosis de Cristo no sólo se corresponde con la experiencia del silencio de Dios, sino que la profundiza de modo sorprendente. En efecto, la revelación de Dios en Cristo no cancela la condición histórica del hombre, su inserción en la realidad y la apertura a la posibilidad de un mundo sin Dios. La revelación de Dios en Cristo no es impositiva. Pero en ella *emerge* la figura de Cristo crucificado como el argumento racional decisivo de su verdad. Ahora bien, en ningún caso los argumentos racionales podrán proporcionar una certeza absoluta de la opción religiosa. El creyente sólo podrá alcanzar una certeza absoluta de su fe mediante la contribución de la acción interior del Espíritu y de la experiencia espiritual personal.

Podemos afirmar, por tanto, que la fe cristiana es racional. Pero los argumentos no tienen una certeza absoluta. Por consiguiente, la fe es racional y libre. Además, la acción interior del Espíritu contribuye decisivamente en la opción creyente. La fe cristiana es, también, gracia.

En la obra cabe destacar los puntos siguientes. En Zubiri, la filosofía de la rea-

lidad y de la radical inserción del hombre en ella. En Monserrat, el itinerario de la razón hasta la afirmación de Dios y la valoración positiva de la verdad del cristianismo. La razón puede comprender la realidad como un «mundo sin Dios». Pero puede también reconocer el sentido del silencio de Dios y afirmar con coherencia su existencia. Aparece entonces con fuerza significativa la figura de Cristo crucificado como signo decisivo de la verdad de Dios y de la profundidad teológica de la realidad. Considero que son cosas que pueden contribuir a una renovación y actualización del pensamiento cristiano, tanto en el ámbito teológico como pastoral.

La obra, cuya presentación tipográfica es sencilla y clara, está dirigida a quienes están interesados en temas filosóficos y a todos aquellos que mantienen viva la búsqueda de un sentido de la vida y desean lograr una mayor inteligibilidad de la fe.—FRANCESCO OCCHETTA.

EGUÍBAR, MERCEDES, *La nueva identidad femenina* (Madrid, Edit. Ediciones Palabra, 2003). 268 pp.

El libro consta de dos grandes partes. La primera de tipo general, a modo de introducción del tema de la nueva identidad femenina, desgrana progresivamente el alcance progresivo de dicha identidad. Señala a ese efecto el objetivo del libro, inscrito en la creatividad del nuevo orden del mundo, a cuyo progreso quiere contribuir M. Eguíbar, mediante su aportación a la verdad integral del ser humano, merced a su dignidad única, sita en la riqueza de su doble género; pasa así a exponer en una doble temática el contenido del título de la obra.

Ante todo, los temas de carácter general configuran la identidad femenina. En concreto, «el mundo de la publicidad», en donde Eguíbar emite un juicio ético de gran valor al primar ante todo la dignidad de toda persona, frente a la publicidad, que la convierte no pocas veces en un simple

objeto, para llamar la atención de un artículo de compra. Sigue con «los modelos de conducta», para finalizar con «el gozo de ser mujer», en la línea psicológica de la *autoestima*, de tanta relevancia actualmente (p. 117).

La aportación *profesional* de la mujer encabeza la segunda parte. A ese fin, Eguíbar cuestiona, en primer lugar, la mentalidad actual del modelo único de la humanidad, para describir lo específico de *toda* la humanidad; y analiza, en segundo lugar, el proyecto femenino, a la luz de los horarios de trabajo y del tema de las «reuniones empresariales». Aporta sobre esos temas sus observaciones críticas.

Así, analiza el contenido de esas reuniones para contribuir con una serie de observaciones, apostillando que los largos discursos para el propio lucimiento están de sobra, pues tales reuniones se exceden mucho del tiempo prefijado, perjudicando a sus participantes, por el detrimento de sus otras obligaciones. Es también digno de reseñar su análisis del contenido de dichas reuniones, en las que el director propone friamente a veces el despido de varios empleados. Como contrapeso humano, describe el comportamiento ético de una mujer, directora de empresa, que antes de despedir a una persona de su empresa, le buscó con interés otro empleo sustitutorio, para no dejarla en la calle.

De ahí el alcance del tema expuesto por la autora: «El servicio esforzado hacia los

demás», en el que desarrolla algunas de las características de la mujer, sitas en la comunicación interpersonal con las otras personas, que configuran —según ella— la identidad de la mujer, a nivel relacional. En estrecha conexión con eso, desarrolla el valor de lo que ella denomina: «La compasión por la humanidad» (p. 187). A ese particular, define la compasión en los siguientes términos: «Preocuparse de las personas con las que convivimos por razón de familia, trabajo, amistad». En ese mismo sentido, habla de la «magnanimidad», a la par que de la «paz», para alcanzar así una «humanidad mejor».

La contribución de Eguíbar al conocimiento de la identidad femenina es relevante, al aportar una serie de experiencias vividas y contrastadas durante años. Una observación al respecto. Escribe textualmente que nacen más niñas que niños en el mundo. Según los datos de los organismos internacionales, sobre todo de la ONU, hay más mujeres que hombres en el mundo; pero no por razón de más altos índices de nacimientos de ellas, pues a nivel global del mundo son iguales, sino porque las mujeres simplemente viven más tiempo que los hombres. Total que hay más mujeres que hombres, por esa única razón. Finalmente, el estilo directo, propio de las experiencias vividas y hechas letra por la reflexión de Eguíbar, acreditan el libro, a la par que la selecta bibliografía sobre el género culmina la obra.—S. VERGÉS.